

Escritores entre libros

Ángel Esteban

El escritor en su paraíso

Prólogo de Mario Vargas Llosa

Editorial Periférica, 2014

371 pp. 19,95 €

/ Jorge Ordaz /

¿Qué tienen en común Stephen King, Juan Carlos Onetti y Giacomo Casanova, además del hecho de ser escritores? Que los tres, en un momento u otro de sus vidas, fueron bibliotecarios. Ciertamente es que lo fueron de distinta manera: King solo fue bibliotecario durante un breve período de su juventud; Onetti fue nombrado director de Bibliotecas en la División de Artes y Letras de la Intendencia Municipal de Montevideo; y Casanova encontró al final de su vida su refugio en la biblioteca de Dux en Bohemia. De estos y otros escritores trata el libro de Ángel Esteban, cuyo subtítulo precisa el contenido: *Treinta grandes autores que fueron bibliotecarios*. La lista es diversa, como diversas fueron las razones o motivos por los que accedieron a su faceta de bibliotecario, y comprende autores de los siglos XVI al XX, tanto europeos como americanos: de Reinaldo Arenas a los hermanos Grimm y de Lewis Carroll a Gloria Fuertes. Hay quienes entraron por pura necesidad y quienes eligieron el oficio por vocación; para unos fue solo un trabajo accidental que les dejó poca huella; otros, en cambio, se pasaron décadas entre los libros y son recordados por ello.

Alberto Manguel, que de joven quiso ser bibliotecario, dice en *La biblioteca de noche*, que siempre le han parecido «lugares gratamente disparatados» y que le seduce «su lógica laberíntica, la cual sugiere que la razón (si no el arte) gobierna una acumulación cacofónica de libros». Y añade: «Siento el placer de la aventura cuando me pierdo entre estantes atestados de volúmenes con la seguridad supersticiosa de que una jerarquía de letras o de números me conducirá algún día al destino prometido». Destino que tal vez otorgue al escritor el paraíso, pero también en ocasiones el purgatorio, cuando no el infierno.

A las bibliotecas acuden los escritores la mayoría de las veces para leer, tomar notas, consultar, tomar prestado libros... y también para escribir. Por lo que cuenta Esteban, no pocos escritores sacaron el suficiente tiempo entre sus tareas en la biblioteca como para terminar varios libros. Pues

hay que reconocer que por lo general el trabajo básico del bibliotecario tiene mucho de rutinario y no se distingue demasiado de otros trabajos oficinescos. Registrar las entradas y salidas de libros, clasificar, inventariar, fichar, catalogar, ubicarlos en el lugar adecuado... son tareas comunes y repetitivas. A Robert Burton, por ejemplo, que durante casi toda su vida estuvo vinculado a la biblioteca del Christ Church College de la universidad de Oxford, la rutina libraria le sumió en la melancolía, que aliviaba precisamente leyendo libros sobre la melancolía. También el *Bartleby* de Melville podría haber sido bibliotecario. Estar rodeado de libros no siempre incita a leerlos. Como dice Esteban «Hay bibliotecarios que pasan su vida tocando los libros pero sin abrirlos demasiado. En el otro extremo, existen también bibliotecarios cuyo puesto de trabajo es una ligera excusa para leer todo lo que cae en sus manos». Para un lector curioso, ávido de conocimientos, la biblioteca es un festín inacabable, y si, además, es alguien

Los escritores escogidos por Esteban caen dentro de dos grandes categorías: aquellos que además de escritores fueron bibliotecarios y los bibliotecarios que también fueron escritores. O dicho de otra manera, los eventuales y los profesionales

que tiene inoculado el virus de la escritura siempre encontrará tiempo entre dichas tareas, o fuera de ellas, para dar rienda suelta a su creatividad literaria.

Los escritores escogidos por Esteban caen dentro de dos grandes categorías: aquellos que además de escritores fueron bibliotecarios y los bibliotecarios que también fueron escritores. O dicho de otra manera, los eventuales y los profesionales. La primera categoría, más numerosa, abarca a su vez muchas variantes, en función de los objetivos y miras del escritor. Así, las bibliotecas, además de centros de trabajo se convierten según las circunstancias de cada uno en algo más, desde retiros más o menos dorados, hasta una experiencia u oportunidad única hacia otras aventuras intelectuales, pasando, como en el caso de Goethe, por el de un cargo más o menos honorífico entre otros muchos. Así pues, las personalidades de los escritores que pasaron entre los muros de una biblioteca, pública o privada, son muy distintas. Aquí nos encontramos con

ilustrados (Leandro Fernández de Moratín), eruditos (Benito Arias Montano), bibliógrafos (Bartolomé José Gallardo), profesionales (Georges Bataille) o amantes de los libros (Hartzenbusch); pero también raros (Georges Perec), necesitados de un empleo (Rubén Darío) o confinados en un gulag (Aleksandr Solzhenitsyn). No todos acertaron a compatibilizar la burocracia con la creatividad y no todos se sintieron cómodos



al que cuesta imaginar en un oficio distinto al de bibliotecario. Borges estuvo primero en la biblioteca Miguel Cané, un anexo de la Biblioteca Municipal, en el barrio bonaerense de Almagro, y más tarde en la Nacional, de la que fue director. Otros dos escritores, José Mármol, en el siglo XIX, y Paul Groussac, en el XX, también ocuparon este puesto. Curiosamente los tres acabaron ciegos, aunque ello no pueda achacarse únicamente al exceso de lectura. Otro escritor sudamericano, el peruano Ricardo Palma, también llegó a director de la Biblioteca Nacional de Lima, y su paso por ella aún es visible. En efecto, Palma, que como dice Esteban, «trataba a los libros como si estuvieran en su propia biblioteca particular»; y así, sus anotaciones en los márgenes, hechas de su puño y letra, incluso en incunables, y los numerosos sellos y taponos, todavía pueden verse en muchos ejemplares. Palma tuvo problemas administrativos y su gestión al frente de la Nacional estuvo en entredicho; asunto este, el de la gestión

problemática y puesta en tela de juicio, que comparte con otros célebres directores de bibliotecas públicas, como Menéndez Pelayo o el citado Groussac, y que suelen acabar con expedientes y destituciones fulminantes. Hay excepciones, claro, y el autor del libro dedica grandes elogios a la gestión eficaz e innovadora de Eugenio D'Ors, director de Instrucción Pública de la Mancomunidad de Cataluña, en pro de las Bibliotecas Populares y de la formación de su personal técnico femenino.

El escritor en su paraíso es un libro bien documentado, lleno de anécdotas y de datos curiosos y que se lee con sumo agrado. Por supuesto los escritores seleccionados no agotan la materia, y uno echa de menos en la lista nombres como el novelista Anatole France, que fue bibliotecario del Senado, o el poeta Philip Larkin. Precisamente de Larkin, que durante tres décadas fue bibliotecario en la universidad de Hull, es la «Oda a la biblioteca», que dice así:

Cada año ojos nuevos / hallan aquí viejos libros, / y nuevos libros, también, / renuevan ojos viejos; / así jóvenes y ancianos, / como tinta y página, / en esta casa se aúnan / y nuevas voces acuan. Y que así sea por mucho tiempo. ■

entre tantos libros. Marcel Proust, por ejemplo, aceptó con renuencia un puesto en la Biblioteca Mazarino, se escaqueó todo lo que pudo y acabó siendo despedido. Por su parte, Robert Musil no encontró disfrute ninguno en los tres años que estuvo de auxiliar en la biblioteca de la Technische Hochschule de Viena, y casi todo el tiempo se lo pasó de baja. En Pascua de 1911 escribía el futuro autor de *El hombre sin atributos*: «Desde hace aproximadamente tres semanas, voy a la biblioteca. Insoportable, mortal (soportable solo mientras se está allí); volveré a dimitir y me sumaré de nuevo en la incertidumbre». Como apunta Esteban: «... quizá pensaba en el puesto de bibliotecario como algo más romántico, un idilio con los libros no cuarteado por horarios, obligaciones, ficheros, libros de cuentas, público inoportuno y exigente».

Es evidente que para Musil la biblioteca estaba muy lejos de ser un paraíso; no así otros, para quienes si no fue un paraíso estuvo muy cerca de él. Ese es el caso de Jorge Luis Borges,